

El comal le dijo a la olla



Jaime Augusto Shelley

LA MERA IDEA DE HABLAR DE LA SITUACIÓN que guarda el país en todo aspecto se me ha vuelto repulsiva. Moverse en la putrefacción a brazadas cada vez más dificultosas; la pestilencia que impregna todo el ambiente; la negación por parte de las más altas autoridades (y no me refiero a los políticos en el poder) respecto al fin de nuestra república como tal y al advenimiento de una subordinación de orden colonial con todas las consecuencias que ello implica; la abierta manifestación de la división, ya existente, pero ahora entendida como *natural* entre el México multitudinario y las élites minoritarias pero todopoderosas; es decir, el México profundo, indio y mestizo, y los criollos (racial y culturalmente distintos y antagónicos), es ahora una realidad a gritos, sólo separada por filas de policías y soldados embrutecidos por la disciplina del desempleo y el hambre.

¿Para asegurar un empleo se necesita ahora ingresar a la policía?

“Donde no hay centro, no hay izquierda ni derecha, ni arriba ni abajo”, citaba en una de sus novelas el genial Alejo Carpentier por boca de uno de sus personajes, un presidente en medio de un levantamiento en su contra.

Dejemos entonces que la decisión la tome el pueblo, que es el único con capacidad —y derecho— de hacer una revolución. Aunque tome años.

Las llamadas reformas sólo son recursos del sistema de explotación del hombre por el hombre para dejar las cosas igual. O peor.

Hagamos, pues, un esfuerzo en sentido contrario para concentrarnos en conseguir la energía necesaria para salir de nuestra cotidianidad repulsiva hacia planos de la conciencia trascendentes, que nos prodiguen un respiro, lejos de la rapacidad y la corrupción generalizadas que signan estos tiempos.

Pero tampoco son momentos felices en esos niveles. Cada uno está marcado por el espectro de la muerte.

Son cuarenta años de la muerte de Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto, conocido para todos como el gran poeta Pablo Neruda.

Y se presume ahora, con cada vez mayor certeza, que fue asesinado por un agente de la CIA, en connivencia con los fascistas utilizados por el Departamento de Estado de los Estados Unidos para el derrocamiento del régimen de Allende, Pinochet y los suyos; aquéllos, alumnos puntuales del Victoriano Huerta, asesinos sin escrúpulos, punta de lanza del experimento neoliberal que cundió por todo el continente y cuyos residuos vivimos ahora, como puntilla, en nuestro país.

Un doctor misterioso entra a su cuarto de hospital e inyecta al paciente. Unas pocas horas después, el poeta fallece por “causas naturales”. Los testimonios de la gente cercana aseguran que el paciente, diagnosticado con cáncer de colon, se hallaba en estado delicado, pero no terminal. Resolvía con entendimiento puntual asuntos pendientes antes de abordar el avión que el gobierno mexicano (bueno, *todavía* mexicano), había puesto a su disposición para viajar a nuestro país. Se decía que el enfermo podría vivir todavía un año, o más. El poeta había pospuesto por un día su partida.

Tener a Neruda viviendo en el exilio mexicano le significaba al régimen fascista un riesgo enorme, dada la importancia del personaje y su alta repercusión en

todos los medios de difusión del mundo. Con un acta de defunción “hechiza”, es decir, firmada por un doctor que ni siquiera estaba presente, el poeta es enterrado de inmediato. Muchos miles, con riesgo de sus vidas, forman el cortejo popular.

Y se da por concluido el asunto.

Hace cuarenta años de esos sucesos y la dificultad para hallar pruebas del asesinato son tales que resultará casi imposible dilucidar la verdad. Pero la lógica apunta a suponer que, en efecto, dadas las posteriores acciones represivas del régimen pinochetista, los testimonios de asesinatos y torturas realizados por miles establecen la secuencia natural de las jugadas de la bestia para desaparecer a la figura política más importante después de la de Allende. Toda la clase media —y la gran burguesía— chilena son responsables de lo que pasó allí. El miedo al cambio, la constante en todos los seres humanos, es el factor decisivo en los tiempos en que se demuestra la madurez de una sociedad; es aceptar un destino de sometimiento o avanzar en los cambios hacia la construcción de una convivencia igualitaria y justa, libre de la manipulación enfermiza de los medios, de la corrupción institucionalizada y la mentira.

Obvio es decirlo, estamos muy lejos de eso. Las condiciones objetivas son favorables para una transformación radical de nuestra sociedad, las subjetivas no.

Y vuelta a hablar de la podredumbre.

Mejor pensemos en otra cosa.

Y no es feliz.

Hace unas semanas, supimos del deceso de un hombre lleno de sí, peculiar, gozoso de la vida y afable, lleno de generosidad, Álvaro Mutis se dice que era colombiano, pero sería difícil encerrarlo en esa mera nacionalidad.

Lo conocí en una remota edad, un agosto de 1960, en un restaurante de la avenida Chapultepec,



El escritor Álvaro Mutis en una sesión de fotografía para la Feria del Libro de Saint Malo, Francia, en 1994. (Fotografías: Ulf Andersen / Getty Images)

hoy lateral del Viaducto donde solían, a veces, reunirse los colaboradores de la productora cinematográfica de Manuel Barbachano, entonces en sus inicios.

No recuerdo qué hacía yo por ahí, ni con quién me cité en esas oficinas para luego ir a comer. El caso es que se formó una mesa agradable por demás, y allí se apersonó el agradable amigo Mutis con un paisano recién llegado, alguien con una mano por delante y la otra por detrás, Gabriel García Márquez. Mutis conocía algo de mi producción poética (siempre estaba muy al tanto), y me dijo que acababa de recibir un lote de sus dos libros publicados en Sudamérica. Me los entregó con una amable dedicatoria: “para Shelley, gran poeta”, su firma y la fecha, 1-7-60.

Se puede decir que me ando parando el cuello y ha de ser así, pero hago esta clarificación para ostentar la antigüedad de nuestro trato. No fue muy frecuente, pero sí siempre muy calurosa, casi fraternal, a reserva de las grandes distancias ideológicas entrambos. Nos unía, eso sí, el gusto por los martinis secos. Él insistía en el vermouth francés como indispensable, y yo en su cantidad. A la sombra de ese recuerdo, abro de nuevo sus libros y los dejo con una probadita de su gran talento poético. De *Los Elementos del Desastre*, su primer canto del poema “204”:

Escucha Escucha Escucha

la voz de los hoteles,
de los cuartos sin arreglar,
los diálogos en los oscuros pasillos que adorna una
raída alfombra escarlata,
por donde se apresuran los sirvientes que salen al
amanecer como espantados murciélagos

Escucha Escucha Escucha

los murmullos en las escaleras; las voces que
vienen de
la cocina, donde se fragua un agrio olor a
comida que muy pronto estará en todas partes,
el ronroneo de los ascensores

Escucha Escucha Escucha

a la hermosa inquilina del “204” que despereza
sus miembros y se queja y extiende su viuda
desnudez sobre la cama. De su cuerpo sale un
vaho tibio de campo recién llovido

(fragmento)

Recordar a un poeta sólo es posible mediante su lectura o relectura. Los invito a visitar los libros de este querido amigo recién desaparecido. Prometo que se verán recompensados. ▀